

verían salir tampoco. En cuanto á su venganza estaba seguro de no dejar rastro.

Siguieron avanzando; el amo delante, Juan detrás alumbrándole con un farol y mirándole con mirada siniestra de asesino que acecha á su víctima y está seguro de aniquilarla.

Así llegaron frente á la enorme cuba empotrada en el suelo de la bodega y abierta en espera del líquido que le faltaba para llenarse hasta la boca; aquella cuba era la que avivaba los odios de Juan en sus momentos de rebelión, la que absorbiera, transformada en vino, la sangre de todos los suyos... Buen sitio para satisfacer su venganza; buen medio para quedar impune.

Juan miró á la cuba y miró á su amo. Fué obra de un instante; dejó el farol en el suelo, ciñó al propietario con sus brazos de atleta, elevólo á la altura de sus ojos, le miró frente á frente, y le lanzó al rostro esta frase:

— ¡Ahora yo!

El otro quiso defenderse. Era inútil. Allí no existía más que una ley; la fuerza, y la fuerza pertenecía á Juan.

Levantó á su víctima en alto, la balanceó sobre las fauces de la cuba y la arrojó de golpe en el fondo de aquel recipiente sombrío, alimentado por el sudor de diez generaciones de trabajadores.

MADROÑO

## Madroño.

Por una vereda que atravesaba el agostado campo de trigo venían, camino de Madrid, Curro y Madroño, dos amigos inseparables, dos vagabundos curtidos por la intemperie, aparejados por la desgracia y hechos á vivir en trochas, vericuetos y carreteras, sin más compañía que la de Dios, ni otro consejero que su instinto. Pobres, desvalidos, errantes, su rumbo lo marcaba la suerte, su comida era preparada por la casualidad y su alojamiento por las exigencias de la estación: en las noches de estío, la pradera verde y el cielo azul; en las de invierno, la covacha oscura y el haz de ramas secas abrasándose en el fondo de un agujero irregular: contra el sol, la copa de los árboles; contra la lluvia, las salientes rezumosas de los peñascos. Hé aquí todos los recursos, todas las comodidades, las preeminencias todas, derramadas por el destino sobre aquellos dos compañeros que marchaban por la vereda adelante, á la luz rojiza de un crepúsculo de Agosto.

Habían andado mucho, toda la tarde, bajo los ra-

yos abrasadores del sol, respirando fuego, mascando polvo, sin una gota de agua para su sed ni un momento de reposo para su fatiga: de buena gana se hubieran detenido un rato para respirar cómodamente las primeras ráfagas de aire fresco que les enviaba el crepúsculo, y ofrecer descanso á sus miembros rendidos; pero no era posible: Curro tenía prisa; necesitaba entregar la carta á un escribano de Madrid, y Madroño seguía á Curro, como siempre, obedeciendo sus mandatos, dejándose conducir por él con melancólica pasividad.

Y así iban, el uno delante del otro, con la cabeza baja, el andar cansino, el cuerpo sudoso, el estómago exhausto y los remos torpes, indiferentes á las bellezas del crepúsculo, al sublime espectáculo que ofrecían las nubes, cubriendo la muerte del sol con un sudario festoneado de oro, al rumor triste con que la tierra se despedía de la luz, al último aleteo de las aves y al primer beso de la noche.

Ellos no podían fijarse en tales cosas; para ellos no había más que un espectáculo interesante: el de la inmensa población que se descubría á lo lejos, recortando en el horizonte gris las torres de sus iglesias, las manzanas de su caserío y el resplandor amarillento de sus faroles; allí estaban el término del viaje, la comida y el lecho; poco importaba que la comida fuera mala y el lecho duro; poder comer y poder dormir era un refinamiento de lujo para aquellos dos seres.

Y Curro pensaba que el escribano no iba á ser tan malo que no les diese un mendrugo de pan, un puñado de paja y un montón de heno.

Con eso tenían bastante; no estaban acostumbrados á más; así habían vivido desde que se conocieron, desde que Curro empezó á jugar con Madroño y á encaramarse encima de él y á darle palos y á tirarle de las orejas y á cruzar campos y caminos sobre su lomo, porque Madroño era un burro muy flaco, muy huesudo, con el vientre pegado al espinazo, el espinazo pegado á la piel, las orejas largas, el rabo corto, el cuerpo repujado de mataduras y las patas llenas de esparavanes.

Un burro viejo robado por una familia de zingaros y hecho á vivir con ella y á ser el amigo inseparable de Curro, de aquel gitanillo de ocho años que tenía el pelo negro, los labios rojos, los dientes blancos y la cara cobriza.

La madre de Curro había muerto, á su padre acababan de meterlo en la cárcel por homicida, y el chico marchaba hacia Madrid sin otro deseo que el de llegar cuanto antes, poner en manos del escribano la carta de su padre y dormir un poco.

Luego, al día siguiente... ¡qué demonio!... no era cosa de desesperarse ni de que le faltara Dios. Se iría con Madroño por esos caminos, y vivirían como habían vivido siempre, á salto de mata, con la existencia del mañana insegura y la del ayer inexplicable.

Además, que él se entendía muy bien con Madroño y Madroño con él; teniendo al burro al lado no estaba solo; el burro era un buen compañero; cariñoso, obediente, sumiso... ¡En fin! A ver qué determinaba el escribano, y después determinaría él... Pero, ¿qué iba á determinar?... No era fácil decirlo, y le daba miedo pensarlo. Por eso volvía su cabeceita medrosa hacia el burro, gritándole: «¡Anda, que falta poco! y daba unos pasos y bajaba la cabeza otra vez, mientras el asno le seguía con achacosa lentitud y con fatigoso renqueo.

Al pensar en su futura suerte, el muchacho ponía una cara muy triste: recordaba, sin darse cuenta de ello, las aventuras de sus primeros años; aquella mujer morena vestida de pingos multicolores, que le daba besos y meadrugos de pan, y aquel hombre esbelto, ágil, de mirada enérgica y semblante duro que solía hablarle con aspereza y molerle los riñones con una vara, pero que con su mal genio y todo andaba á pie leguas y leguas, mientras él y su madre iban á lomos de Madroño, y destinaba á su hijo la primera cucharada de sopa, y echaba venablos por la boca y rayos por los ojos cuando alguien quería meterse con Curro. Y de aquello no quedaba nada: la madre en el cementerio, el padre en la cárcel y él y Madroño camino de Madrid.

\*  
\* \*

Estaban cerca de la ciudad; el escribano vivía á la entrada; era cuestión de veinte minutos. La existencia de Madrid, agitada, bulliciosa y pletórica, comenzaba á manifestarse en los grupos de obreros que se extendían por la carretera; en los carruajes cubiertos de polvo que la cruzaban, en el vocerío de las mujeres que con el pañuelo de seda caído sobre los hombros y el mantón de espumilla al brazo regresaban de sus tareas, y en el rumor confuso con que la villa enviaba hasta Curro el eco de su respiración poderosa.

La marcha del burro se había hecho de momento en momento más lenta y más difícil.

—¡Anda, Madroño!—gritó el niño, tirando del roncal y viendo que el jumento se detenía.—¡Anda!—y sacudió con la vara que llevaba en la mano los lomos de su amigo.

Pero Madroño, no obstante el mandato de su amo y la dureza de la intimación, permaneció inmóvil; un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo, su enorme boca se contraía con doloroso espasmo, dejando al descubierto una doble fila de dientes amarillos... Quiso adelantar una pata, se tambaleó como un borracho y volvió á quedar quieto, con las orejas caídas, el lomo arqueado y las piernas convulsas.

—¡Arre, Madroño!—repitió el muchacho.—¡Arre, que tengo prisa!... El burro dió dos pasos, y luego, levantando la cabeza y aspirando con ansia el aire fres-

co de la tarde, se arrojó al suelo y empezó á moverse con movimientos convulsivos.

—Alza— exclamó Curro, mientras la gente se reunía para ver aquel espectáculo gratuito.—¡Alza, Madroño! ¡No te digo que alces! Y tirando del ronzal, levantó la cabeza del borrico, le sacudió en ella dos palos, y quiso obligarle á ponerse en pie. Madroño dirigió á Curro una mirada indefinible... ¡Levantarse! ¡Acaso podía!... De poder, ¡no lo hubiera hecho ya! Y procuró hacerlo, y tras breve y desesperada lucha, cayó cuan largo era, dando en el suelo una espantosa cabezada.

—¡Vamos, chico!—dijo uno de los allí presentes.—¿No estás viendo que el burro se muere? ¿Para qué te empeñas en levantarlo?

—¡Que se muere!

—¿No ves que sí?

El hombre tenía razón. Madroño se moría de vejez, de cansancio y de hambre, provocando la risa de los curiosos con su ruín aspecto y con sus grotescas contorsiones.

—¡Buen forro *pa* un baúl!—exclamó una mujer acercándose.

—¡Que le traigan un cura!—gritó un librepensador de las afueras.

Y Curro, inmóvil, estúpido, con los ojos muy abiertos y los puños cerrados, miraba á Madroño. Este hizo un esfuerzo supremo; levantó la cabeza, abrió la boca,

dió un angustioso resoplido, agachó las orejas, estiró las patas y se quedó muerto.

—Muerto del *tóo*—como dijo un chusco á manera de oración fúnebre.

Curro se puso pálido, muy pálido; cayó de rodillas junto al burro, le rodeó el cuello con los brazos y rompió en sollozos.

—Vamos, chico—dijo uno de los espectadores;—levanta de ahí. ¿Vas á llorar porque se ha muerto ese borrico?

—¡Ay, señor!—repuso el gitano con los ojos llenos de lágrimas.—¿Qué quiere usted que haga sino llorar? Esta era mi única compañía en el mundo. Ahora me quedo sin ninguna. ¿Dónde encontraré otra?

Y siguió llorando, mientras la gente se alejaba y los últimos resplandores del crepúsculo se perdían en el horizonte...

El muchacho tenía razón para desesperarse.

¡Es tan difícil encontrar un compañero en la vida!

¡Aunque sea un burro!

LA EPOPEYA DE UN PRESIDIARIO

## La epopeya de un presidiario.

### I

Fué condenado á presidio por delito de sangre. Era un obrero aplicado, trabajador, de instrucción escasa, pero muy útil y muy entendido en su modesta profesión de albañil. Su maestro le apreciaba, los vecinos del barrio se hacían lenguas de él; á su novia le saltaba el corazón en el pecho cuando le veía acercarse á su puerta, y á su madre, una viejecita de pelo cano y ojos alegres, se le caía la baba de gusto en presencia de aquel muchachote alto, fornido, cariñoso, sostén de la casa desde la muerte de su padre y retrato vivo del padre muerto, en las condiciones físicas y morales de su persona.

Pedro, este era el nombre del simpático mozo, adoraba en su madre, depositaba en ella íntegro ó poco menos, el producto de su trabajo, y vivía feliz, con ese relativo desahogo del obrero que le permite cruzar el mundo gozando los bienes de una miseria decorosa.

Este edificio de ventura se vino abajo al anocheecer de una fiesta. Pedro jugaba á las cartas con otros compañeros en una taberna inmediata á su domicilio. Menudeaban entre los jugadores sendos vasos de vino; hallábanse más que calientes las cabezas y suscitóse agria disputa, á propósito de una jugada entre el mozo y su contrincante: hubo aquello de «Eso no me lo dices en la calle», y á la calle salieron navaja en mano, y de frente y cuerpo á cuerpo riñeron, y en la calle quedó con el corazón partido de un navajazo el contrario de Pedro, mientras éste, amarrado codo con codo por los agentes de la autoridad, era conducido á la cárcel y sentenciado unos meses después, por la Sala correspondiente, á ocho años de presidio.

Y á presidio fué, porque era de justicia que fuese, porque bueno es hacer la vista gorda cuando dos hombres pelean en un café y se matan á las veinticuatro horas delante de testigos; pero no es posible hacerla con dos hombres que riñen á la puerta de una taberna, acto seguido de la injuria, frente á frente y con armas iguales. Aunque á primera vista no lo parezca, existe una diferencia enorme entre un hecho y otro.

Pedro fué á presidio, y con él se fueron todas las dichas de su hogar y todas las alegrías de su alma.

En el último rincón de la casa, humilde antes, miserable desde que Pedro la abandonó, se veía á la pobre vieja sentada en una silla, con los cabellos siempre

blancos, y los ojos, aquellos ojos tan alegres, tristes, muy tristes, enrojecidos por el llanto y enturbiados por la amargura. También se puso muy triste la novia del mozo cuando se pronunció la sentencia de éste. Sólo que á los dos años de pronunciada la sentencia, la novia se había casado con otro hombre y la madre seguía llorando. Así es la vida y así son las madres y las novias.

## II

En los registros del presidio podía leerse á propósito de Pedro la siguiente nota:

Conducta, buena.—Aplicación, mucha.—Subordinación, mucha.—Carácter, retraído.

Los jefes estaban muy contentos con él; sus compañeros le apreciaban; algunos que habían sentido la dureza de sus puños le temían, y Pedro iba extinguiendo su condena sin amistades grandes y sin odios profundos; sustrayéndose por determinación invencible de su voluntad á la atmósfera contagiosa y podrida que le rodeaba, al medio ambiente criminal donde su mala suerte le había arrojado. Silencioso, esquivo, resignándose con su desgracia, era un enigma para sus compañeros y un buen muchacho para sus superiores.

Sólo una vez, excepción hecha de aquellas en que para conservar su independencia fuele preciso tener á



raya á los matones del penal, sólo una vez salió de su actitud indiferente y de su conducta pasiva, y sus ojos brillaron con cólera y sus dientes rechinaron de rabia, y apretó los puños con ira y lanzó una blasfemia, encarándose con el trozo de cielo azul recortado por los altos muros del presidio: fué el día que supo que su novia se había casado con otro.

Pero aquello duró un instante; después volvió á su retraimiento, hizose más uraño y más hosco y siguió cumpliendo su condena con la esperanza puesta en la libertad y el corazón en la pobre y desamparada madre, que le aguardaba en el fondo de su casita blanca y humilde, de aquella casita con la que Pedro soñaba todas las noches al tenderse sobre el duro camastro que desde cuatro años atrás le servía de lecho...

### III

«Tu madre está muy mala, sin esperanzas de salvación; quiere verte; no piensa más que en tí.»

Al leer esta carta, que le entregó un empleado del presidio, creyó Pedro que todo el edificio se desplomaba sobre su cabeza. ¿Cómo? ¡Su madre, el único amor que le restaba en este mundo, se iba á morir y quería verle y él no iba á poder cumplir esta suprema y última voluntad! No, aquello no era posible; no era po-

sible de ningún modo. El necesitaba ver á su madre; recoger su beso postrero, estrecharla en sus brazos... Y lo haría, ¡vaya si lo haría! ¿Quién iba á negárselo?... No era posible que se lo negasen.

Pedro fué á ver al director del penal, y al llegar á su presencia exclamó con la voz enroquecida por la pena:

—Mi madre se muere, señor director; concédame usted licencia para verla; que me acompañen, le juro á usted que volveré en cuanto me despida de ella.

—Si eso fuera posible lo haría—respondió el director, que estimaba en mucho el carácter y la buena conducta de Pedro.—Pero ya sabes que no puede ser.

—¿No puede ser!

—No.

Pedro salió del despacho del director con las cejas fruncidas, y alguien le oyó murmurar por lo bajo:

—¿Que no puede ser!... ¡Pues yo digo que sí puede ser, y será!

Al anoecer de aquel día, terminadas sus tareas en el arsenal, los presidiarios se alineaban en el muelle para el recuento. De pronto vieron á un hombre que corría sobre las rocas hasta el punto donde éstas se encuentran con el mar; era un preso que intentaba fugarse; algunos soldados salieron en su persecución; pero el hombre les llevaba mucha delantera. Llegó á la punta del acantilado, dió un salto terrible, y cayó al

mar. Viósele aparecer un momento y desaparecer después; los soldados descargaron sus armas en dirección al fugitivo, las lanchas del puerto se lanzaron en busca suya; nada; ni el menor rastro; ó al hombre se lo habían tragado las olas ó había sido muy diestro para ocultarse.

El fugitivo era Pedro.

¿Cómo pudo sustraerse á las investigaciones y pesquisas de sus perseguidores? Ni él mismo ha podido explicárselo luego; sólo sabe que permaneció toda la noche, una noche lluviosa y terrible de Enero, oculto detrás de unas rocas, tiritando de frío, bajo sus vestidos empapados en agua; oyendo al mar romper estruendosamente á sus plantas, al trueno rugir en las nubes y al huracán bramar en el espacio con bramido ronco y salvaje.

Así pasó horas y horas, con el pensamiento puesto en su madre; así, á nado unas veces, otras desgarrándose los pies contra las erizadas puntas de los peñascos que bordean la costa, consiguió ganar una casuca, donde se facilitan vestidos y disfraces á los presidiarios. Cambió en ella de ropa; hizo durante tres ó cuatro horas ese camino sinuoso, hipócrita, incierto, confuso que hace la presa para despistar á sus acechadores, y al cabo de tres días, muerto de hambre, de frío, de sed, con los pies sangrando, la ropa hecha girones y los ojos llorosos, llegó á la puerta de su casita,

de la casita blanca con que soñaba todas las noches al dormirse sobre el duro camastro del presidio.

En la alcoba, desfigurada por la fiebre, próxima á lanzar el último suspiro, acompañada por una vecina compasiva, estaba su madre, con los ojos clavados en el techo, las manos en cruz y murmurando por lo bajo, como si dialogara con su esperanza: ¡Hijo mío!

Pedro, que adelantaba su cabeza pálida y febril, por entre las cortinas de la alcoba, oyó aquellas palabras, y sin poderse contener:

—¡Aquí me tienes, madre, aquí me tienes!—gritó, avanzando hacia la anciana y estrechándola entre sus brazos...

Fué un beso largo, muy largo; la eternidad de un amor y el fin de una vida, confundiéndose sobre dos bocas temblorosas... Luego, la vieja abrió los brazos, cayó muerta sobre la cama, y Pedro rompió en ahogados sollozos.

#### IV

A los seis días entraba un hombre por las enrejadas puertas del penal. Era Pedro. Cuando fué presentado al director, le dijo:

—He ido á despedirme de mi madre; aquí me tiene usted. No pensaba escaparme y he vuelto.

El director había dado parte de la fuga y el penado sufrió cuatro años de recargo en su condena.

Pero, lo que Pedro decía, hablando con sus compañeros:

—Bien vale cuatro años de presidio el último beso de una madre.

## EL IDILIO DE LA NOCHE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MÉXICO

## El idilio de la noche.

Al finalizar aquel crepúsculo de fuego durante el cual el sol, convertido en inmensa hoguera, arrojaba sobre el horizonte llamaradas de luz y teñía de rojo las fachadas de los edificios, las ramas de los árboles y la hierba de los paseos, anchas nubes de color gris se extendieron por el espacio, aumentando el bochorno, haciendo más sofocante la temperatura, como si en ellas se condensaran y fundieran el vaho caliente que salía de la tierra abrasada y el humo del incendio que amenazaba consumir el infinito. Vino la noche y dijérase que aún no se había puesto el sol, que aún no se había extinguido la enorme hoguera, que después de arrasarlo todo con sus llamas, de convertirse en montón de brasas cubiertas por las cenizas de la catástrofe, ardía en un rincón del cielo á manera de humeante rescoldo que no acaba de extinguirse nunca, y daba señales de existencia rasgando las nubes con relámpagos cárdenos y con trepidaciones sordas.

Así fueron pasando las horas y llegaron las prime-

ras de la madrugada, sin que una ráfaga de aire puro viniese á refrescar la tierra, á sacudir las hojas inmóviles de los árboles, á introducirse en el fondo obscuro de las casas dormidas, que abrían de par en par, para recoger el oxígeno de la atmósfera, sus anchas bocas de madera y de vidrio. Era aquel un amodorramiento sombrío, una quietud de asfixia, el sueño profundo de una ciudad aletargada por el calor y rendida por el cansancio.

Yo, tan falto de sueño, como codicioso de frescura, recorría las calles del aquel barrio desierto. Iba de paseo conmigo mismo, disfrutando de esa soledad acompañada, de esa conversación muda de uno con uno mismo, conversación llena de tristezas y de alegrías, porque conversa uno con sus recuerdos y con sus esperanzas. Así iba yo, abstraído en mí propio, haciendo una excursión por los interiores de mi alma y perdiéndome en ella hasta el punto de olvidar cuanto fuera de ella existía. Y así hubiera continuado mucho tiempo, si una voz de mujer, fresca, vibrante, bien timbrada, no hubiese metido por mis oídos esta copla que llegó á mi espíritu y le hizo avanzar hacia fuera como hace avanzar al soldado hasta la puerta de su tienda el toque agudo del clarín:

Dame un beso con tus labios,  
con tus labios de corales,  
y riete de las penas,  
y deja que vengan males.

La última frase de la copla se perdió en el aire, y yo anduve algunos pasos, deseoso de conocer á quien la cantaba.

Allá, en el fondo de la calle, descubriase una reja, por entre cuyos barrotes negros salían los reflejos amarillentos de una luz.

De aquella reja había brotado la copla, de ella brotaban entonces los acordes melancólicos de una guitarra. Seguí avanzando; llegué frente á la reja, y cuando mis ojos penetraron por ella retrocedí con asombro...

Nada más inesperado, más triste que el marco donde se desarrollaba aquella melodía hecha para sonar á la puerta del cortijo andaluz, bajo el toldo verde de la parra, entre el canto de los ruiseñores, el perfume de los jazmines y la alegría majestuosa de un cielo cubierto de estrellas.

Era la que yo tenía delante de mí una habitación ancha, destartada, irregular; la luz de un quinqué que ardía sobre una escalerilla portátil de cinco peldaños, no bastaba á iluminarla por completo; fuera parte del espacio más próximo al quinqué, era difícil distinguir con perfecta claridad los objetos.

Ni sillas, ni mesas, ni adornos de ninguna especie existían allí; un banco de aserrar en el centro; algunas escaleras portátiles esparcidas aquí y allá; una puertecilla á la derecha, y á lo largo de las paredes

dos inmensas estanterías de madera que se alargaban hasta el fondo oscuro de la sala. Sobre aquellos estantes, simétricamente alineados, en correcta formación, como si asistiesen á una gran parada, veíanse unos como cajones entrelargos, blancos estos, negros aquéllos; con adornos de oro los unos, con galones de plata los otros; algunos relucían despidiendo reflejos metálicos... Eran ataúdes. Mis ojos miraban la recámara de un establecimiento de pompas fúnebres, de una expendeduría de vehículos para el otro mundo.

Y en aquella habitación, en aquella antesala de la muerte, iluminados por los reflejos amarillos del quinqué, sentados uno cerca del otro, estaban una mujer y un hombre; el hombre en mangas de camisa, entreabierto la pechera para descubrir el pecho musculoso; una pierna encima de la otra, la guitarra descansando entre las piernas, y las manos arrancando á las cuerdas de la guitarra notas dulces, acordes llenos de ternura y de pasión; la mujer con el cuerpo echado hacia atrás, los negros ojos clavados en el techo, la garganta escorzada, las manos caídas á lo largo del cuerpo, y la azulada cabellera desgreñándose sobre los hombros; él la miraba con mirada de amor, y ella entreabría la boca, como si aún retuviera en ella la última estrofa de la copla cantada, como si estuviera acariciando con sus labios la primera palabra de la copla que estaba dispuesta á cantar.

Debían ser marido y mujer, y formaban un grupo encantador: jóvenes, sanos, alegres, contemplándose el uno en los ojos del otro, velando sus amores á la luz del quinqué, disfrutando de su juventud y de su cariño en aquella noche calurosa de Julio.

Yo continuaba mirándolos, sin darme cuenta exacta de la impresión que tan extraño cuadro producía en mí, cuando sonaron en la calle pasos precipitados; un hombre la cruzó, llegó á la puerta de la tienda, llamó con golpes presurosos y esperó un momento paseándose con impaciencia de un extremo á otro del edificio.

—Llaman—dijo la mujer.

—Sí; algún parroquiano—respondió el hombre.

Y dejando la guitarra en el suelo, empujó la puertecilla que comunicaba con la tienda, y salió á abrir, volviendo á los pocos instantes.

—Es ahí al lado—dijo,—en el 25. Vuelvo en seguida.

—No tardes—respondió ella.

El hombre se puso una americana, salió á la calle y pasó por delante de mí silbando entre dientes.

Yo permaneci delante de la reja contemplando á aquella muchacha, que seguía en la misma postura, con los ojos fijos en el techo, la boca entreabierto, la garganta escorzada, las manos unidas y el busto saliente, busto sensual y enérgico, que se alzaba y deprimía á impulsos de la respiración de la joven, agitando el lienzo de su chambra color de rosa.

El hombre volvió á poco rato. Sonreía con aire satisfecho, como quien no ha perdido el tiempo.

—Buen negocio—dijo, mientras golpeaba cariñosamente las mejillas de su mujer.—Entierro de primera clase; ataúd de zinc; seis caballos; lacayos empolvados... De estos caen pocos.

Ella le miró sin contestar, mientras él añadía:

—Y ahora, á acostarnos, que ya es tarde. Despertaremos á los mozos y ellos lo irán preparando todo. No podemos quejarnos. Si siguen así nuestros asuntos, vamos á ser ricos.

—¿Y quién es el muerto?—preguntó ella.

—Una vieja que pesa lo menos ocho arrobas. ¡Puff! ¡Qué mal olía!...

Y rodeando con sus brazos la cintura de su mujer, la atrajo hacia sí y estampó en la carne fresca y sonrosada de sus mejillas un beso largo, vibrante, sonoro.

Y era hermoso el espectáculo que ofrecían los dos jóvenes, fuertes, amantes, esperanzados en el porvenir, abrazándose ante un senado de ataúdes, arrojando su dicha como un reto sobre aquellos artefactos fúnebres, sobre el recuerdo de aquel cadáver que olía tan mal.

Ellos representaban, ignorándolo acaso, en las tinieblas de la noche, en aquel sitio y en aquel instante, un idilio sublime, algo grande, consolador, eterno:

La vida y el amor triunfando de la tristeza y de la muerte.

## BUENOS CONSEJOS